



**NOSOTROS
LOS
CHILENOS**

2



**ASI TRABAJO
YO**

Camaroneros
Maquinistas ferroviarios
Chinchorreros
Buzos
Navegantes

Colección: "NOSOTROS LOS CHILENOS"
Serie: COMO TRABAJAMOS

ASI TRABAJO YO

LIBRO: "ASI TRABAJO YO", TOMO I

EMPRESA EDITORA NACIONAL
QUIMANTU LTDA.

Avenida Santa María N.º 076,
Casilla N.º 10.155. Stgo. de Chile.

Inscripción N.º 39381.

Primera Edición 1971.

Arte y Diagramación: ROSARIO
TORRES PEREIRA.

Fotos: CARLOS TAPIA, DEL POOL
FOTOGRAFICO DE QUIMANTU.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de la EMPRESA
EDITORA NACIONAL QUIMANTU
LTDA., Bellavista N.º 0153, en el
mes de octubre de 1971.

Edición de 50.000 ejemplares.

Precio: Eº 12. Recargo aéreo:
Eº 0,50.

Director de la División Editorial:
JOAQUIN GUTIERREZ.

Jefe del Departamento:
ALEJANDRO CHELEN.

Director de la colección:
ALFONSO ALCALDE.





INDICE

LOS CAMARONEROS DE CONCEPCION Y
ARAUCO, por Alicia Gordon 9

LOS BUZOS DE SAN ANTONIO Y SAN
VICENTE, por Rodrigo Atria y Mario Thomas 29

LOS CHINCHORREROS DE PLAYA BLANCA,
EL CHUTE Y PUEBLO HUNDIDO, por Sergio
Salazar Hermosilla 49

LOS MAQUINISTAS FERROVIARIOS, por
Carlos Alvarada 67

CARLOS HOLLANDER, EL NAVEGANTE DE
LA CALLE LA BOMBILLA, por Alfonso Al-
calde 83



LOS CAMARONEROS

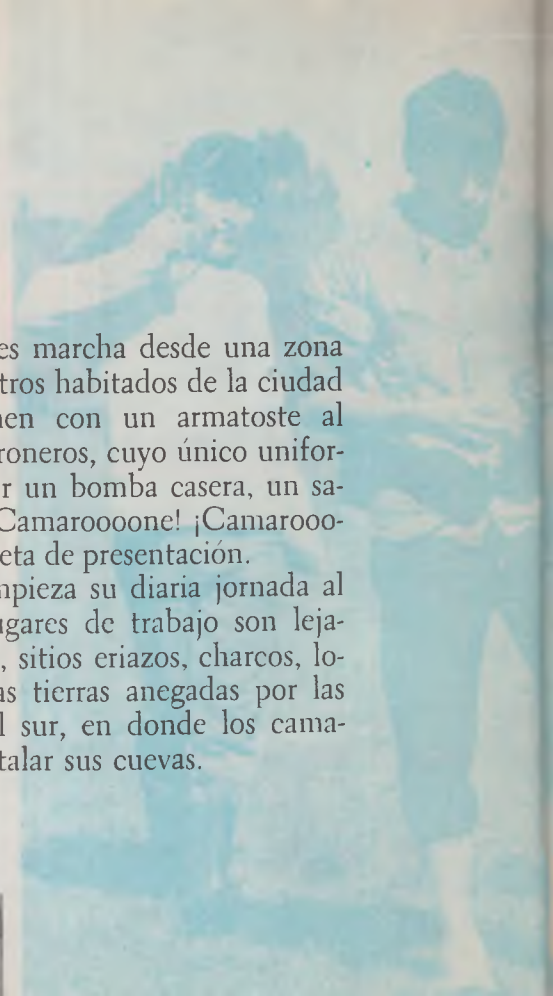


de CONCEPCION y ARAUCO

Por ALICIA GORDON



Un ejército de hombres marcha desde una zona periférica hasta los centros habitados de la ciudad de Concepción. Vienen con un armatoste al hombro. Son los camaroneros, cuyo único uniforme está compuesto por un bomba casera, un saco y un largo grito: "¡Camarooooone! ¡Camaroooooni!", que les sirve de tarjeta de presentación. Suman quinientos. Empieza su diaria jornada al clarear el alba. Sus lugares de trabajo son lejanos y desolados: vegas, sitios eriazos, charcos, lodazales. Todas aquellas tierras anegadas por las lluvias implacables del sur, en donde los camarones acostumbran instalar sus cuevas.



Es un oficio que se hereda de padre a hijo, como una sagrada herencia o un destino irremisible. Los hijos de camaroneros inician su actividad en la vida a los siete u ocho años, cuando otros recién están comenzando el colegio o aún están envueltos en la fantasía de la infancia.

Así fue para Rolando Omar Díaz Contreras y para José Díaz Contreras, dos hermanos, cuyos primeros recuerdos emergen de aquellos lejanos días en que aprendieron a coger camarones. Se ven a sí mismos con los pantalones arremangados, agachados, metidos en alguna vega, tanteando en las cuevas de los camarones, esos crustáceos de color gris, llenos de patitas siempre prestas a asir fuertemente la piel, hasta hacerla sangrar, pues los camarones antes de ser aprehendidos se baten en una especie de duelo con sus captores.

Rolando, "el Rola", es el mayor de los hermanos, actualmente tiene treinta y seis años, treinta ejerciendo la misma labor, todos los días de invierno, incluso los domingos "cuando la olla está muy vacía". Vive en la población Agüita de la Perdiz, en los faldeos del cerro Caracol. En ese mismo vecindario hay otros quince camaroneros, pero la mayor concentración de ellos vive en Puchacay, por la abundancia de vegas que hay allí.

El Rola, su hermano José y un vecino de ambos, Juan Soto, trabajan juntos. Ellos prefieren ir a Carampangue, que queda bastante alejado. Sin embargo Rolando dice que allí es mejor. Cada uno logra sacar entre 20 y 25 docenas por día, las cuales venden de 2 a 2,50 escudos. *"Pero la ganancia no es mucha —afirma Rolando—. En los gastos diarios se nos van 21 escudos; el pasaje de la micro nos sale por 11 ida y vuelta, más las 10 lucas para comer alguna cosa."* Su almuerzo diario está



Otros niños a la edad de este no tienen más preocupación que el secundario, temerse la ropa o hacer los tareas. Muy distinto es el panorama de un niño de camaronero, niño que se hereda de padres a hijos, y que sigue ser bien "macho", tener buenas vísceras - y saber reírse desde chiquitito, de una vida así siempre dura y hostil.

constituido por pan, ajicito, escabeche y, cuando los tiempos son prósperos, un pedazo de chanco.

En total para el bolsillo quedan unos 25 escudos, lo que es escaso, pues no todos los días pueden ir a extraer camarones. Cuando la lluvia arrecia, la situación se hace difícil. Causa: les falta un equipo adecuado, botas, ropa de agua y en general toda clase de abrigo. Se meten a los charcos sin zapatos, para no arruinar el único par que tienen. El Rola cuenta que esto no es para tanto. "*Total, estamos acostumbrados.*" Sin embargo él tiene una pierna atrofiada, "tiesa". A los seis años sufrió una fractura grave en su pierna derecha, lo que lo obligó a estar dos años en



un hospital con la amenaza de que le amputaran una de sus extremidades. Pero logró salvar el contratiempo, aunque todavía cojea, y cuando siente frío: *“la pierna me reclama”*.

● CUANDO ERAMOS NIÑOS

El Rola prosigue su relato:

“Los tiempos eran peores antes; cuando éramos niños no teníamos bombas camaroneras. Mírenme las manos, llenas de cicatrices; sacábamos



Como en otros oficios en que el hombre debe enfrentarse a la naturaleza sólo con la ayuda de sus fuerzas, la vida del camarero es una aventura permanente. Una lucha diaria contra adversarios que no siempre son los mismos: unas veces es una mala temporada, otras el hambre o la enfermedad o los temporales de viento y lluvia...

los camarones a mano; muchas veces tiras de mi piel quedaron atrapadas en las cuevas". Ahora prácticamente todos tienen sus bombas, incluso los niños. En este trabajo todo consiste en la rapidez y la fuerza. "Yo tomo mi bomba —dice Rolando— y empiezo a succionar. Cada vez saco unos dos camarones y unos tres a cuatro litros de agua y barro." La bomba camaronera insufla aire en las cuevas de camarones. Estos salen hacia arriba impulsados por la corriente. Pero no quedan en el interior de la máquina, sino que caen hacia un lado.

Rolando y sus vecinos van a una vega en Carampangue. En ese mismo lugar se juntan unos treinta a cuarenta camaroneros. Con el paso del tiempo todos se han hecho amigos. A la hora de almuerzo se reúnen los hombres a comerse un pedazo de pan, y a veces, cuando es época prolífera, sacan su botella de vino, que pasa de boca en boca hasta la última gota.

A las tres de la tarde inician el regreso a Concepción, lo que les lleva por lo menos dos horas o más. Y cada uno se va por su lado tratando de vender rápidamente su producto para irse a casa a comer. Largas horas gastan en recorrer la ciudad gritando y ofreciendo sus camarones, anhelantes porque salga una casera que tenga una fiesta y les compre todo para terminar más pronto la jornada. Pero no siempre tienen éxito en la venta; cuando esto ocurre y les sobran camarones, encuentran varias soluciones: una, hacer una sopita en la casa; la otra, mantener vivo el camarón como sea. Los métodos son variados: leche con harina tostada, leche sola, leche con afrecho, etc. Así el crustáceo dura hasta una semana, pero se enflaquece.



● UNA AVENTURA DIARIA

Cada día constituye una aventura para cada uno de los hombres que ejercen este oficio. Su primera preocupación consiste en estar “el ojo atento” para que no los echen de las vegas. Algunos dueños de fundos los expulsan de sus tierras de las maneras más imprevistas.

El Rola cuenta que una vez hasta balas “*les corrieron*” en el Fundo Cosmito, camino a Penco. Rolando estaba sacando sus camarones, succiona que succiona su bomba. . . De pronto sintió un tiroteo; el viento trajó el ruido, que se fue acercando y acercando hasta que se dio cuenta

...pero sin lluvias no habría camarones. Hacen sus cuevas en los charcos; su alimento preferido es el pasto y el barro. En estos "campeonatos", los camaroneeros rivalizan en velocidad y maña: gana premio el que primero le saca al camarón el "hilo de la vida".

En el futuro del camaroneero nuevo hay esperanzas. El problema más urgente del padre de estos niños es organizarse: como él, hay 500 trabajando, pero cada uno por su lado. Ahora que las cosas están cambiando, piensan en organizarse. El obstáculo mayor es la corta temporada de apenas 4 meses.



Por la abundancia de vegas de Puchacay, los camareros prefieren esa zona para instalarse con sus familias.



Con el tiempo el camarero ha modernizado sus herramientas de trabajo: antes tenía sólo las manos y la piel que dejaba en las vegas. Ahora usa bombas de aire para sacar a los camarones de sus cuevas.



de que frente a él, a pocos metros, había una persona con una escopeta y que el blanco eran él y sus compañeros. *“Alcancé a gritar “Arranca, José”, y corrí tan lejos que no me acordé de mi pierna tesa o cualquier otro problema.”*

“Algunos afundados (así llama Rolando a los terratenientes) no saben que les hacemos un favor. El camarón es dañino y se come las raíces. Si no fuera por nosotros, ellos tendrían que pagar a alguien para que les limpiara los terrenos.”

Pero aquí no termina la aventura. La inclemencia del tiempo es otro factor adverso, aunque si no fuera por la lluvia no habría camarones, pues éstos instalan sus cuevas en los charcos. Su alimento preferido son el pasto y el barro, afirma Rolando.

A veces el día ha sido provechoso, pero nadie quiere comprar y los camaroneros sienten que el esfuerzo ha sido en vano. No tienen previsión de ningún tipo, ni asignación familiar ni ninguna ley social que los proteja. La mayoría de ellos aparecen o están registrados como cesantes. La estación es corta, más o menos desde mayo o junio hasta septiembre; es decir, la temporada empieza con el inicio de las primeras lluvias y concluye con la finalización de éstas. ¿Y el resto del tiempo, qué hacen? *“Lo que venga —dice Rolando—. He hecho de jardinero a vendedor de copihues.”*


Rolando vendía copihues, cosa que también hacían su mujer y dos de sus hijas. Pero se aprobó una ley que prohíbe comerciar con la flor nacional. *“Mi mujer especialmente se dedicaba a los copihues. Bueno, en realidad ella no es mi señora, sólo hacemos vida social, pero para mí es lo mismo. Ya tenemos cuatro chiquillos y eso no le hace la diferencia.”*



Después de esta pausa Rolando se acuerda nuevamente de los copihues y continúa: *“La Violeta viajaba todas las semanas a Santiago. A la capital llevaba sus sesenta palmeras o ramos de copihues. Cuando vino la prohibición, nosotros seguimos haciendo lo mismo, aunque medio escondidos; los ramos se escondían en cajas grandes, hasta que un día a Violeta la tomaron presa.”* El Rola agrega una nota de humor y afirma: *“El día que al camarón lo declaren animal nacional, yo me cruzo de brazos”*.

“Es dura nuestra vida. Muchas veces tenemos que andar “con el diente largo”. Esos días amargos tomamos agüita, matecito y un pedazo de pan por comida. Cuando la cosa anda mejor, las mujeres nos tienen preparada una sopa con arroz y fideos para calentar el estómago. Eso sí que su poquito de vino también le echamos —añade Rolando—. Allí en la población Agüita de la Perdiz está la señora Meche, que vende vino pa callado. El litro sale 6 escudos; claro que se parece a la población, tiene más agua que otra cosa.”

Pocas son las diversiones que tienen los camaroneros: una que otra vez al cine, de vez en cuando una brisca o un dominó con los amigos, y una, que es única y exclusivamente para los hombres de este oficio. Consiste en un campeonato muy particular. El camarón termina por lo general sus días en una olla de agua caliente. Pero hay otro método. En el centro de la colita el crustáceo tiene una especie de hilacha negra. Tirando de este hilo el camarón muere instantáneamente. Es todo un arte saber cómo hacerlo, saber cómo extraer este “hilo de la vida”, co-



mo lo llaman. Los camarones de tarde en tarde hacen competencias sobre quién es el más rápido. Se instalan dos hombres, frente a frente, con una o dos docenas de esos bichitos. Alrededor de ellos se agrupan los amigos, quienes hacen apuestas a favor de uno u otro. Y empieza el torneo: el que no es hábil terminará con las manos heridas por los tentáculos de los camarones. El vencedor se gana un buen trago de vino, la aprobación de la concurrencia, además del total de camarones para una buena sopa o tortilla.

● UNO NO ES UN SANTO

Rolando es un hombre que se acuesta temprano; a las nueve de la noche generalmente ya está en cama, cansado después de batallar hora tras hora para llevar los pesos a la casa. “Y bueno —dice Rolando—, *salgo poco, no tengo grandes distracciones, la vela se apaga temprano y empiezan a venir los chiquillos, uno tras otro; uno no es santo tampoco. Pero lo mío no es nada comparado con lo del José, mi hermano menor. El sólo tiene veintidós años, hace siete que está casado y ya tiene seis hijos. Uno por año.*” Le preguntamos si no han escuchado algo sobre la posibilidad de evitar los hijos. Rolando, por primera vez, se ruboriza. “*Algo he oído, no mucho; ¿cómo es?*”

En realidad casi ninguno tiene idea de cómo hacerlo; se dan cuenta de que no pueden tener y tener hijos, pero nada saben para paliarlo. Rolando desde niño empezó a trabajar, nunca tuvo tiempo de ir al colegio, de jugar, mucho menos de aprender a leer. A los ocho años quedó

huérfano de padre y madre. “Mi padre era camaronero, como yo, pero era de los mejores, lo llevaba en la sangre. Cuando terminaba la temporada se empleaba en unas obras en Puchacay. Un día se tomó un mate y se fue a la pega. ¡Fue la última vez que lo vi vivo! Murió con la pala en la mano. Nos avisaron para que fuéramos a buscarlo. En la obra nos dieron una urna y lo llevamos al cementerio. Mi madre le siguió poco después.

”Ahí comenzó mi deambular junto a mis hermanos; somos trece, nueve vivos y cuatro muertos. Al principio partimos con el José y el Pedro a casa de una hermana a Coronel, pero poco estuvimos. No nos recibían bien porque éramos demasiado bocas hambrientas. Con el Pedro nos fuimos a Puchacay, a trabajar en la misma empresa donde murió mi padre, donde los Araneda. Yo tenía diez años y me dedicaba a parar ladrillos; por ese trabajo nos daban un poco de comida y una pieza.”

● LAS GOTERAS NOS VUELVEN LOCOS

Pero al anuncio de las primeras lluvias partía y empezaba a sacar camarones. “Lo he hecho por treinta años y creo que lo haré hasta el día en que me muera. ¿Qué otra cosa si no?” Sin embargo, ninguno de sus hijos ha seguido el trabajo del padre. Esther y Magaly estudian; Esther, la mayor, de doce años, está en tercera básico. “Ella se dedicaba a vender copihues; bueno, ahora lo que surja no más.” Rolando asegura que ser camaronero es un oficio muy duro para ser ejercido por una mujer. “Y nadie nos mira bien. En los taxibuses la gente se arrinconan

cuando nos sentamos a su lado, nos repudian. El otro día me dijeron: "Con permiso, señor"; estuve a punto de decirle: El señor es usted." Para Rolando "señor" es signo de riqueza, y la palabra le parece una burla aplicada a su persona. "Pero no siempre todo es tristeza —afirma—. El otro día una señora me dijo compañero, porque ahora todos somos compañeros —dice el Rola—. Esa sí que me gustó, ¡puchas que me puse contento! Y luego me cambió los camarones por ropa, un buen atado. A uno le cuesta tanto comprar sus pilchas."

Rolando vive en su casa con sus tres hijos; tuvo cuatro, pero uno de ellos murió. Además está Violeta, su compañera. Su morada la constituye una pieza que hace las veces de dormitorio, comedor y cocina. "Las goteras en el invierno nos vuelven locos." Rolando cuenta que en su casa hay por lo menos siete u ocho goteras. Pero que el otro día pasaron ofreciendo fonolitas para reparar los techos. "Las cosas algo están mejorando, nos han prometido que también instalarán luz eléctrica dentro de poco."

Rolando lleva a cabo su vida en dos mundos: su diario trabajo, que lo aleja del hogar, que lo hace irse desde tempranas horas, que lo hace compartir las penas y alegrías de muchos otros hombres que junto a él toman su bomba, su saco y un tarro que amarran a la cintura; es un mundo de hombres duros, recios, curtidos, sensibles, fuertes; y su otra vida está constituida por el eterno regreso al hogar, los hijos, los vecinos.

"El domingo uno se dedica a los hijos, a arreglar alguna cosa en la casa, en fin, nada especial. Ahora también participo en los trabajos voluntarios." Otras veces deben salir y "apechugar", como dice Rolando, y

olvidarse que es día de descanso. “La guata no entiende de calendarios v cuando hay hambre hay que ponerle.”

● LO HACIA CON EL PAN . . .

“El hambre —prosigue Rolando— nos hace hacer muchas cosas. Aún recuerdo que para el año 1958 yo pegaba carteles por Alessandri. Y eso que no me gustaba, pero por salir en las noches a pintar murallas o pegar carteles nos daban un pan. Por ese entonces yo estaba empleado en la empresa constructora de ladrillos de los Araneda, allá en Puchacay. Don Juan, el patrón, organizaba las cuadrillas. Total, igual yo voté por mi candidato, lo hacía por el pan ese, tenía hambre y. . . aún me da un poco de vergüenza. En la población supieron, claro que nadie dudaba de mis preferencias. Yo he estado siempre del lado que tengo que estar, ¿dónde si no?”

El Rola es una persona tranquila, poco pendenciera, pero de vez en cuando se mete en roscas. Las más comunes son cuando lo molestan por la pierna. “Ey, tieso, cojo, me gritan, a ver si gritái menos por tus camarones.” Cuando voy solo me quedo callado si es que ellos son varios, pero de repente nos salen cabros endomingados por ahí y estamos cuatro o cinco compañeros. Yo creo que entonces se les quitan las ganas de hacerse los guapos.”

El problema más grave que los aqueja es la falta de organización: son quinientos los que trabajan en lo mismo, pero cada uno hace su labor independientemente. “Cada uno tira por su lado, y cuando uno se

enferma, a mandar a la chiquillería o a la mujer a conseguir alguna cosa —afirma Rolando—. Yo tengo una libreta —agrega—, pero hace como diez años que la tengo sin uso. A mí me gustaría seguir en lo mismo, pero de otra manera, con seguridades.”

En general, todos los camaroneros piensan que es necesario organizarse para hacer un trabajo coordinado. Sin embargo no ven por sí solos una solución. El principal obstáculo es que la temporada es corta, unos cuatro o cinco meses. En Tomé existe una empresa, la Compañía Pesquera Camanchaca Limitada. Allí se trabajan en mayor escala el langostino y el camarón, pero de mar. La extracción de ese crustáceo es muy diferente; se hace en barcos, lo que requiere un cierto capital inicial. En Camanchaca trabajan otras quinientas personas, contabilizando aquellos que forman parte de la flota y los que faenan en tierra, ya sea en la cocción, limpieza o envase de camarones y langostinos.

● CAMINANDO PARA ATRAS

En cambio, los camaroneros de río batallan por sí solos, no están adscritos a nada. Rolando dice: *“La diferencia es con los obreros; ellos van a sus pagas, se enferman e igual les pagan; no tienen estaciones mejores que otras, hasta vacaciones pagadas tienen. Para qué mentir, yo también me doy mis vacaciones, pero a mí ¿quién me las paga? Más me las pagan en la casa para que vaya a conseguir alguna cosita. La Violeta se empieza a poner nerviosa y yo hago de tripas corazón y me voy, con frío.*

medio enrabiado, a seguir sacando camarones. Me siento un poco como ellos, la mayor parte de las veces camino para atrás . . .

"Para ser camaronero —continúa el Rola— hay que ser bien macho. Yo tengo un sobrino de siete años que ya me hace la competencia; es como bala el cabro, tiene buenos músculos. El le ayuda a sacar a su papá, quien parte luego a venderlos, porque a los niños cuando van solos los engañan y les roban. Cuando yo tenía su edad o un poco mayor, me hacían lesa. En San Pedro nos quitaban los camarones, nos decían que estaba prohibido venderlos y nosotros aceptábamos y ahí dejábamos lo que nos había costado largas horas conseguirlo. Con los años vine a darme cuenta de que eran mentiras". Ahora Rolando no tiene problemas para repartirlos: entrega en departamentos, restaurantes y especialmente en el Mercado. Allí siempre precisan de una buena ración para hacerles una sopa a "los malos del cuerpo".

En Concepción, el Mercado Municipal, con sus típicos puestos de mariscos y pescados, es famoso por sus "mariscales". No son los madrugadores los que concurren, sino los últimos pájaros nocturnos, que antes de irse a pestañear a sus camas pasan a servirse un compondor de borracheras. La sopa de camarones bien condimentada los hace revivir.



LOS BUZOS

de SAN ANTONIO
y SAN VICENTE

Por RODRIGO ATRIA y MARIO THOMAS



Mañana también. Todos los días tendrán que ir con el equipo a cuestras a morir un poco al mar . . . , salir a las seis de la madrugada, mientras la estatua de San Pedro los mira desde la caleta, rodeada de rocas y agua, como incitándolos a su eterna parsimonia. Pero el mar puja y golpea sin parar, estremeciendo inútilmente al puerto entero, a sus pescadores, a sus buzos, a toda su gente, que se queda así, tal cual, como si nada, con la rutina de hundirse en él todos los días, sufriendo el no poder salirse de ella, porque . . . “ni un pescador, ni un buzo creo yo, quiere que el hijo sea lo mismo que el padre, porque sabe el sufrimiento que tiene y uno no quiere que el hijo sea igual . . . , mejor que sea otra cosa más que uno”, decía el Bandido.

Y ¿qué más que él?

“A mí me gustaría ser de estas cuestiones . . . , ser futbero, de esos que juegan en un club, pero . . . no la puedo jugar, no ve que soy enfermo de una pierna . . . , tengo los tendones malos . . . , aquí en la pierna derecha.” Claro que el otro día, nada menos que el profesor de gimnasia de su escuela le dijo que no lo hacía nada de mal al arco y . . . “no se necesita tener los tendones buenos pa jugar al arco”.

Miguel Angel tiene ocho años. Hijo de pescador. Tiene dos hermanos y el Pepe es buzo de vez en cuando; el otro, Juan, ayuda a Luchín en el bote, con el equipo. “¡Pero yo quiero ser futbero!”

Eso más que el padre quiere ser.

El trabajo del Bandido empieza a las seis de la mañana, cuando se levanta y parte, después de despedirse de Magdalena y sus hijos, a mirar la mar, a ver si está buena o mala . . . , “la vamos a mirar p’atrás . . . ,

p'allá. Vamos por la orilla a dar una vuelta. Si está buena vamos, si está mala no vamos na. Cuando está mala, significa que está golpeadora.

● LA PESCA ES AVENTURERA

Y así se han pasado el invierno, yendo a mirar el rompiente detrás del molo, regresando a sus casas con las manos vacías, y saliendo a buscar un que-otro-hacer. “En julio, por ejemplo —recordaba don Efraín—, el Bandido trabajó un solo día, porque mientras tanto, con el mar así que no se puede salir a trabajar, entonces trabajamos en otras cosas. Vamos a la pesca del congrio, en alta mar, a más profundidad”; que tiene la ventaja, al menos, de reunir en torno al trabajo a una buena cantidad de pescadores y buzos. En la mañana se juntan unos veinte a preparar los anzuelos que se van a tirar al mar como a eso de las seis, siete de la tarde, entonces uno . . . , “ahí uno tira los espineles, porque hay que irlos tirando de a uno por uno. Después espera sus dos, tres, cuatro horas hasta que están los materiales abajo ya; al fondo del mar. Entonces, después, comienza a tirar p'arriba, a izar, y ahí vienen los pescados pillados ya, a veces . . . uno, a veces . . . , depende . . . , porque a veces no se pilla na, o bien se pillan sus tres, cuatro congrios, habiéndose tirado cinco mil anzuelos. ¡Cinco mil anzuelos!, como les pasó a los niños hace poco, no más. Pero hay veces que se pillan sus trescientos kilos, sus doscientos, trescientos congrios, y va sacando uno y . . . , y los va echando adentro de la lancha. Así que la pesca es aventurera. Nadie

Las cosas andan mal en San Antonio; se diría que los hambres sufren la misma agonía que el puerto. Sobre todo los buzos y los pescadores. Hay poco trabajo, y como no hay industrias casi todos viven de lo que deja la pesca. Por eso que los cabros andan ociosos, y si quieren trabajo tienen que ir a Santiago.



sabe . . . , nadie esta seguro de decir vamos a tirar los espineles aquí porque aquí está el pescado, entonces así uno va nada más que a la aventura”.

Eso es lo único que tienen, vivir la vida es una aventura, salir al mar con la esperanza de tener algo distinto cada vez que salen. Pero siempre vuelven, con congrio o sin él, vuelven a la caleta, a esperar el día siguiente, tan distinto en sus imaginaciones, pero tan cotidiano en su realidad. Porque si no es el congrio es la albacora. “Eso es cuando vamos por dos días, en el verano no más. Salimos a cuarenta, cincuenta millas afuera, v a veces está el tiempo bueno v nos quedamos. Dormi-



El día del buzo transcurre en el fondo del mar: debe bajar hasta seis y ocho metros para llenar el "chinguillo" con locos, jaibas, toda clase de mariscos. El producto se obtiene luchando contra corrientes submarinas, donde quedarse enredado en los güiros significa la muerte. Los intermediarios compran la pesca del buzo.

mos afuera, en bote. Nos quedamos así, a la suerte no más. Ponemos luz y nos vamos durmiendo.

● ALBACORA A LA VISTA

"Esto sí que es peligroso, la albacora, porque es un animal que si se descuida mucho uno lo puede mandar a pique, porque tiene un . . . , el pez espada le llamamos aquí a la albacora . . . porque tiene una espada de poco más de un metro de largo. A Colí no más, que es un buzo



de los mejores aquí, lo atacó una un día, lo chuceó, le atravesó el bote pa'l otro lado y por poco no le pesca la espada.”

Y ahí está Colí presente, observando . . . , pensando que estuvo a punto de perder una pierna y que si no hubiese sido por la bota o por cierto largo de la espada y nó cualquier otro, si no es porque su pierna hubiese estado cinco centímetros más allá o más acá, si no es porque . . . cualquier cosa, la habría perdido y tal vez va no sería buzo, la situación sería distinta . . .



El buzo lleva una vida incierta y peligrosa. En invierno, el mar se echa a perder; entonces no conviene meterse porque las corrientes submarinas impiden trabajar. De tanto pasar bajo el agua, con los años el reumatismo va minando la salud del buzo, que en temporada está dos, tres, cinco y seis horas en el fondo. Trabajan con botes grandes, que maniobra una tripulación de tres pescadores.





La jornada
diaria
empieza para
el buzo
a las seis de
la mañana.
A esa hora
debe salir
al mar:
el océano
ofrece el pan,
pero también la
posibilidad
de no
volver.



Pero sigue siéndolo . . . , “la traíamos p’arriba y creíamos que venía muerta, la albacora. La veníamos viendo cuando la subíamos desde abajo. La traíamos pescada de la cabeza, así que venía derecha con la espada y empezamos a tirar los dos, con un hermano mío, p’arriba, a hacerle fuerza pa que se viniera luego, cuando de repente coleó un poquito y pegó el pencazo en toda la punta del bote. Los pasó la tabla, los pasó una bancada que teníamos desde donde tirar las flechas y si no es porque me había puesto botas, que son de goma, resbalo, si no me entierra

la espada en la rodilla. Y allí estábamos, llenos de agua, sin poder sacar la albacora, que pesaba entre ciento veinte y ciento cincuenta kilos. Ahí fue cuando empezamos a pegarle con un martillo y quebramos la espada hasta que la sacamos.”

Eso fue todo, porque ahora sigue igual, cazando albacoras de vez en cuando . . . , “y después que ya está muerta la albacora la amarramos bien, se pone por el costado del bote, se hace fuerza y se tira p’arriba. Son botes grandes, de nueve metros, y la subimos entre tres, porque trabajamos tres en el bote, poniéndola por el costado de la lancha”, sigue don Efraín, sentado a la mesa con su familia más que de vez en cuando, aunque no siempre, porque también van a cazar cuando no bucean y el mar está malo. Se juntan unos pocos, reúnen los perros, que crían en sus propias casas desde que nacen, y van a cazar conejos, liebres o lo que pillen en los cerros cercanos.

● MARINO DE BARCO GRANDE

Pero a Magdalena no le gusta que el Bandido vaya a cazar, porque los domingos se queda sola con sus hijos, el Carín y Luis Ariel. Entonces se va a la casa de su hermana Rosa, que también se lo pasa así, sola una semana entera con sus hijos, ya que Oscar, su marido, es marino de barco grande y viaja mucho dentro de Chile. Pero no sólo los domingos Magdalena se va para allá, sino todas las tardes también, mien-

El personal de un bote grande tiene distribuidas sus funciones a bordo. Uno se encarga de regular la compresora; el "telegrafista" se ocupa de la manguera que lleva aire a la boca del buzo y de sostener el cabo. Un tercero atiende el bote, "que tiene que estar afirmado en la mar, porque no trabajamos fondeados".



tras el Bandido anda buceando o haciendo cualquier cosa por otra parte con el Guata'e Pan, el Quintay, el . . . u otro amigo.

Magdalena conoció al Bandido en una fiesta . . . , “él vivía por aquí, al frente mío. El papá de él es familiar de mi papá, son primos. Lo conocí cuando tenía dieciocho años, cuando iba a hacer el servicio militar. Nosotros conocíamos a unos jóvenes de por aquí, o sea, amigos, y entonces en mi casa hicieron entre ellos, entre los chiquillos y las chiquillas que se conocían, una fiesta. “Estos cabros van a hacer el servicio militar, dijeron, así que vamos a hacer una fiesta de despedida.” Vinieron a mi casa y ahí la hicimos. En eso llegó el Bandido, ahí lo conocí yo. Días después nos pusimos a pololear, así no más, al tiro, pololeamos como dos años y nos casamos, aquí en San Antonio. Tiene un año más que yo, él tiene veintiocho y yo tengo veintisiete . . . , hoy día no iba a ir a cazar, pero vino un compadre y se lo llevó”.

● TODO DEPENDE . . .

La vida del buzo es incierta. Y quién mejor que su mujer para decirlo: “Todo depende del marisco, si encuentra o no, porque . . . , como ser, este mes el Bandido ha trabajado una vez a la semana, dos veces a la semana, a veces semanas en que no ha trabajado na. En cambio, así como la otra vez, entre enero y febrero, ganó casi diez millones de pesos y entre marzo y abril ganó como unos siete y medio, menos, y en la Semana Santa, en puros dos días, hicieron como ocho millones de pesos,

entre él y el Luchín. Habían empozado locos, porque los sacan y los empozan, los traen de allá, del molo, y los empozan ahí en el muelle, ahí los tiran, entonces los locos van comiendo, se van manteniendo. De tal manera, el buzo nunca sabe cuánto va a llevar a la casa. Si es que lleva algo, porque hay días en que ha sacado la plata de la semana, hay veces que hay semanas que no gana nada, meses a veces, que han estado malo, malo, malo. Entonces, no hay cálculo, no podría hacerle un cálculo”.

Y no podría haberlo cuando la vida depende de cómo esté el mar para poder bucear o no, de si el mar está “golpeador” y no hay mucha corriente, de si el Bandido ha tenido la suerte de encontrar locos para empozarlos cerca del muelle y bajar a sacarlos. Así, a veces encuentra unos seis, siete locos en una misma parte. “Los vamos sacando de entre las rocas con un fierro de media . . ., así como encorvado . . ., la perra le decimos. Uno se pone guantes, porque puede hacerse tiras las manos, y entonces, con el fierro, que atrás lleva el mango, un arqueado con una liga que se afirma en la muñeca, y usted tira el loco de una sola tirá no más. El loco se suelta y lo va echando en un chinguillo o quiño.” El Bandido se levanta y al rato ya está de vuelta con uno, especie de bolsa de compras que cuelga de un fierro en forma de aro y el cual tiene un mango para tomarlo, “de malla, de nylon, que anda trayendo uno en la otra mano. El chinguillo hace como cien, ciento cincuenta locos y ahí los va echando uno y saca y echa, saca y echa.”

● DESDE SAN ANTONIO HASTA QUINTAY

“Nosotros, cuando vamos, sacamos sus mil, sus ochocientos locos, pero lo malo es que a veces estamos todo el día sin sacar na, porque a veces pasan otros buzos por ahí. Lo que sucede es que todos sabemos los mismos lugares, desde San Antonio hasta Quintay, así que a veces tenemos que ir hasta la isla, donde nos quedamos dos, tres días. A veces, como en este tiempo, no sacamos casi nada de locos y jaibas, porque también sacamos jaibas, pero ahora está en veda, está dejando sus crias, la jaiba, por eso que está prohibido sacarla, más que una que otra, porque si no, los inspectores lo fusilan a uno. Se pueden sacar sólo las que no están en estado de ir a dejar sus crias, porque las otras tienen una cuestión roja debajo y nos pilla el inspector.”

Lo que un buzo puede ganar o no ganar por la venta de su producto, que la señora se quede sola en la casa con los niños, muchos de los días de la semana . . . , todos éstos no son los problemas de Juan, el hermano de Miguel Angel, el que le ayuda al Luchín con el equipo en el bote, pero no por ellos va a dejar de ser buzo, “aunque al final me nuera joven por eso del reuma que le viene a uno, porque el cuerpo se pasa de frío de tanto estar abajo, como me pasó la primera vez que me metí y me salí al ratito, muerto de frío.

Así que el buzo puede estar dos, tres, cinco, seis horas. Claro que esto . . . “según el buzo, según la capacidad de aguante que tenga, por ser el Bandido, como ya dije, puede estar sus tres horas debajo del agua. Y de esto depende que uno sea profesional o no, porque . . . el otro día



Las perspectivas inmediatas no son buenas para los hombres que arriesgan por tan poco su vida en un oficio tan duro. Algunos se han resignado, pero no sus hijos, que necesitan un mañana mejor y que salen a buscarlo a otra parte, lejos del puerto.

Los buzos y pescadores se ayudan en el trabajo, pero desde el punto de vista comercial no están juntos. Así quedan fácilmente a merced de los intermediarios, que, cuando no les convienen los precios, los "chantajea", es decir, no les compran.

vinieron unos inspectores, de Valparaíso a hacernos un examen, a mí no eso sí, ve que yo tengo diecisiete años no más, y venían a ver cuánto tiempo podía estar abajo uno. Ponían la compresora andando y el regulador lo ponían abajo; entonces uno tenía que bajar como a seis, siete metros y ponerse a respirar”.

● AFIRMANDO LA MAR

Luchín tampoco trabaja en invierno. “No tanto por la reuma, sino porque no vale el trabajo. No vale la pena el trabajo pa sacar cien locos, de los que tenemos aquí empozados, además que éstos están chicos todavía, porque se alimentan de pura jaiba no más y aquí no hay mucha comida. Yo prefiero trabajar en otra cosa, de estibador o como el Rony, que también trabaja de buzo, pero de esos con escafandra, que raspan el casco de los barcos, contratados por las empresas, cuando llega algún barco de esos grandes al puerto. Pa eso no más se ocupa escafandra, ve que es muy difícil sacar marisco con ese equipo, es muy pesado, cuesta mucho moverse abajo, así que nosotros trabajamos con equipo de hombre rana pa sacar el producto. Desde la compresora va una manguera de hasta veinticinco brazas de largo y que remata en una válvula directa a la boca del buzo. Y en caso que falle la máquina, el buzo tiene una acaparadora de aire que carga ciento cincuenta y que trabaja en cuarenta libras, según el gasto que tenga el buzo de aire, pero

a menos de cuarenta no puede estar abajo, porque ya empieza a asfiarse.”

Entonces, cuando se sale a trabajar van tres personas en el bote. Una persona que esté preocupada de regular la compresora, de fijarse que ésta esté chupando bien el aire, de que no se le agote la bencina al motor para darle al buzo la cantidad de aire que necesita. Este trabajo lo realiza ahora don Efraín. Antes era buzo, pero los años han pasado y ya dejó de serlo desde el año 50 más o menos. También esta persona que va en el bote . . . , “que es el telegrafista, es el que además se preocupa de la manguera y de sostener un cabo pa tirar del chinguillo cuando está lleno. El otro, el que está al bote, el que atiende el bote, que tiene que estar afirmando la mar, ya que casi nunca se anda buceando cuando no hay viento. Es el que tiene que estar sosteniendo el bote, porque nosotros tampoco trabajamos fondeados, anclados, así que todo el tiempo se anda moviendo, uno anda . . . , el buzo anda diez, veinte metros debajo del agua; entonces, ahí el gallo que está al remo tiene que ir buscándole pa que al buzo le quede más liviano pa trabajar.

● LAS MANOS LLENAS

Siempre se piensa que lo peligroso del buceo es para el buzo, porque éste se mete debajo del agua, allí donde están las corrientes submarinas, donde están los güiros que enredan, pero esto no es realmente así. Lo verdaderamente peligroso es para la gente que se queda arriba del bote, como le ocurrió a Colí, “porque uno se mete muy a la rompien-

te y el bote puede darse vuelta. Al buzo se le acaba el aire no más y . . . listo, parte p'arriba. Se saca un cinturón que lleva de dieciocho kilos, de escape libre, de escape rápido que lleva, pero los que están arriba en el bote, los pesca el tumbo de la rompiente y los da vuelta. Así que lo jodido es pa ellos..., además, uno tiene el acaparador.

Y en eso se pasan el día, sacando todó el marisco que puedan, porque mientras más, mejor; así las manos están llenas y con eso se vive, con lo que ganan, con lo que sacan de la venta de su producto, "porque todo el producto que sacamos . . ., que saca el buzo, es decir, el loco, la jaiba, el congrio, la vieja, ¡hay tantas especies de pescados que hay!, que se cazan con un fusil que lleva uno. El producto . . ., o sea que nosotros ponemos el precio, porque sabemos cuándo escasean el pescado y el marisco, entonces, por ser, llega un bote con locos, digamos con cien kilos de locos, entonces viene el comerciante, porque el producto lo compra un intermediario . . ." El intermediario lo vende después en los mercados de Valparaíso y Santiago a un precio mucho mayor del que lo compró . . . Viene el comerciante y dice "¿me dejan los congrios?", dice don Efraín que preguntan ellos. "Tanto valen, les dice uno. Si no le conviene no lo lleva y si le conviene lo lleva"; entonces, así, nosotros mismos vamos fijando el precio de los botes, y los demás, que llegan después, vamos vendiendo al mismo precio que vende el primero. Así que uno va entregando no más y no hay problema. Salvo cuando al intermediario le parece que los precios son caros. En esa oportunidad simplemente se "chantajea" a los pescadores y buzos con la no compra, que afecta en mayor medida a estos últimos, ya que no se encuentran organizados co-

mo para poder vender directamente su producto, porque todos trabajamos, es decir . . ., cada cual trabaja por su cuenta, cada cual tiene su equipo para ir a trabajar.”

● ENTRE EL DÍA Y LA NOCHE

De lo que el intermediario les paga . . ., “es decir, lo que sacamos por el producto, lo dividimos en cuatro partes —dice don Efraín—, porque hacemos una parte pa’l material . . ., en que va compresora, va motor, va bote. Una parte, más la del buzo, son dos partes y las dos de los trabajadores. cada trabajador, o sea, son cuatro partes. Es decir, en total van cuatro trabajadores a trabajar, tres en el bote más material que anda trabajando. Más que vaya el dueño del material, saca . . ., como él ha gastado de sus elementos pa’ mantener ese buceo, siempre a uno le sacan parte pa’l dueño del material. Más que no vaya el dueño, igual le sacan la parte a uno, porque nosotros . . . si no va el dueño pagamos arriendo. El cabro mío tiene un material —continúa don Efraín—, pero no tenemos ni motor ni bote, entonces pagamos el arriendo por ese bote y el motor, porque no todos tenemos material. Uno empieza a bucear con traje de baño no más y allí va subiendo hasta tener traje de neoprene. A la fuerza no más, con crédito, ahí se junta un poco . . .”

A la fuerza, todo es lo mismo, se sigue la vida así, tal cual, por inercia. Sólo la diferencia entre el día y la noche dice que un día es lunes y no martes, por ejemplo, y vuelven a media tarde, como a eso de las cuatro. Mañana será otro día.



LOS CHINCHORREROS



de PLAYA BLANCA,
EL CHUTE y
PUEBLO HUNDIDO

Por SERGIO SALAZAR HERMOSILLA




El mar golpea la playa. Se levantan olas enormes y perdidos entre la espuma de la resaca aparecen hombres, mujeres y niños. Son los chinchorreros, cuyo trabajo solo se conoce en la zona minera. Son trescientos seres humanos que recuperan el carbón con el cuerpo semihundido en el agua. Faena dura y difícil como pocas. En su mayoría son cesantes. La necesidad los sumerge en el mar hasta entumirlos y amorarlos. Muy raro resulta escuchar una risa; ni un solo grito, pocas palabras. Viven con el rostro congestionado. Manos y pies ablandados por el mar porque deben permanecer diez o más horas diarias haciéndoles el quite a las olas, avanzando y retrocediendo con la ropa pegada al cuer-



Detras del mar que golpea la playa de la zona minera trabajan los chinchorreros. Son trescientos cesantes que recuperan el carbón del océano con el cuerpo, con las manos, con sus vidas, porque de algo hay que comer. Al final, las manos y los pies sucumben a una permanencia de más de 10 horas diarias en el agua.

El carbón viaja kilómetros desde la entraña de la tierra a la superficie. Llega con algunas impurezas, convertido en una amalgama de tosca y carbón. El mar lava la tosca y separa el carbón de la roca en bruto. Después de este proceso natural, el chinchorrero tiene que hacer lo suyo y sacar el carbón del mar.





Los hijos y las mujeres de las chinchorreras comparten el destino de sus padres y compañeros: ellos también le pelean al mar el carbón que venden en balsas quintaleras —llamadas "perras" — a 1.500 pesos cada una: "En el día me ganó unos 20 escudos ¿Y qué le vamos a hacer con 20 escudos para 8?"

po, una chomba desteñida por el tiempo, calzoncillos que se adhieren chorreando a la piel y las enaguas arremangadas de las mujeres.

De noche regresan a sus miserables casas. Encenderán el fuego para tomar algo caliente después de haberse pegado el “cañazo” para sentir otra vez algo de calor en el cuerpo. Forman parte de los trabajadores humillados y ofendidos por gobiernos anteriores. Sólo en la proximidad de las elecciones bajaban los políticos a la playa. Les pegaban unos palmotazos en la espalda a los chinchorreros, repetían demagógicas consignas tratando de asegurarse sus votos y partían. Jamás cumplieron sus promesas. Ahora les esperan días mejores desde que el Gobierno de la Unidad Popular nacionalizó las minas de carbón, que pasarán a ser su auténtica fuente de trabajo.

● RECUPERADORES DE CARBON

Los chinchorreros de Lo Rojas, Playa Sur, Pueblo Hundido, Colcura y de las cercanías de Lota y Coronel son recuperadores de carbón. El mineral, que viaja kilómetros desde la entraña de la tierra a la superficie, trae algunas impurezas. Parte del producto es una amalgama de tosca y carbón. Mediante un sistema de huincha sinfin, los desechos son arrojados al mar. El Pacífico se encarga de lavar la tosca, separando el carbón de la roca en bruto. Luego queda a unos 20 metros de la playa, revoloteando caprichosamente entre el batiente de las olas. Aquí entran a trabajar los chinchorreros. Esta es la fuente de su trabajo, haciéndoles

el quite a las olas traicioneras, calados hasta los huesos, dando diente con diente cuando la jornada se alarga más de la cuenta. A veces bajo el sol o bajo la lluvia, porque no queda más remedio. “¿No ve que estamos condenados? —como dice María Elizalde Inostroza—. Hace catorce años que le trabajo aquí. Yo le tengo reumatismo a la columna y los del Seguro me han dicho que no trabaje aquí. ¿Pero qué le podemos hacer cuando hay tanto niño de por medio?” Estira su chinchorro, que es un largo palo de eucalipto con una malla en uno de los extremos (cuesta 3 escudos cada uno) y que le da la apariencia de una red para cazar mariposas. Pero este trabajo no es tan romántico. Se meten al agua los que no tienen otro derrotero en la zona minera. Es la última posibilidad de llevar un poco de pan a la familia.

● COMPRADORES TINCUDOS

—¿Cuándo sale menos carbón?

—Cuando la mar se pone mala y se revuelve y el viento se le junta pa ayudarla y no sale.

Es Luis Valenzuela el que responde, el rostro surcado de arrugas, seco, quemado por el sol. Se sorprende de que alguien se pueda interesar por su trabajo.

—Yo vivo en Pueblo Hundido, tengo treinta años y hace siete que rescato el carbón. Tengo siete niños y somos ocho en la casa en total. Empiezo a trabajar a las siete de la mañana y no le paro hasta las ocho



El mineral es vendido a la carbonífera o a empresas particulares a un precio inferior al que se extrae del yacimiento.

de la noche. En el día me gano unos 20 escudos. ¿Y que vamos a hacer con 20 escudos para ocho? Compramos como se puede las cositas. Se compra medio kilo de azúcar, yerba. Total que la plata es para los puros chicos. Pa qué vamos a ver la carne si pa eso no alcanza. Ahora pescadito, de vez en cuando. Si no caldito así simple no más.

El mar ruge a lo largo de Playa Blanca mientras los chinchorreros van acumulando el carboncillo en pequeñas pilas.

—Nos pagan un escudo y medio por la bolsa quintalera —dice Benito Borguero Flores, rodeado por un grupo de sus compañeros. Algunos no se han desvestido aún para entrar al agua. El hollín se les ha metido

El chinchorrero
es el último
eslabón de un
negocio
que a él
sólo le da
migajas.
En cambio,
el que compra
o revende
el carbón, ése
sí que hace
buena plata.
El dueño
del economato
de Schwager
es el intermediario
entre la
Compañía y el
chinchorrero.



por los poros y sobresale de sus caras el borde claro de los párpados y labios. Se cubren con abrigos a la huila, como reconocen ellos mismos con una risa un tanto amarga.

—Claro que a veces llegamos aquí —explica Luis Alberto Soto Navarrete— a las dos de la madrugada. Un día con otro se gana algo, pero en veces hay días en que no ganamos na. Aquí nos pagan 1.500 por la perra . . .

—¿Qué es una perra?

—Una bolsa quintalera. Pero los que compran son medio tincudos. Antes nos pagaban todos los días, pero ahora nos pagan con el carbón botado hasta veinte días. Y aquí en la playa se pierde y se revuelve con la arena y no lo quieren recibir porque nadie se lo exige y nosotros salimos todavía más perjudicados.

A veces aparece un familiar con una olla humeante. Los chinchorros se sientan alrededor de las pilas para tragar un caldo caliente.

● EL PALO DE LA PACIENCIA

—Yo me llamo María Elizalde Inostroza y hace catorce años que le trabajo en esta cuestión. Mi marido tiene sesenta años y también le trabaja aquí. Tenemos dos hijos en la escuela y un nieto que está independiente. ¡Qué se va a ganar en el invierno! Tenemos que estar al palo de la paciencia y hay que conformarse con la poquedad.

A veces el viento cambia bruscamente. El surazo varía de rumbo y



El chinchorro se parece a una red para cazar mariposas, pero sirve para un trabajo menos fino. Es un palo largo de eucalipto con una malla en uno de los extremos. Cada chinchorro cuesta tres escudos, y el chinchorrero eligió su oficio porque no encontró otra posibilidad de trabajo que le asegurara el pan a la familia. En Lo Rojas, Playa Sur, Pueblo Múndico Colcura, en Lota y Corone, viven los chinchorreros con sus familias, todas de muchos niños. "Tengo 12 años, terminé cuarto de preparatoria y me puse a trabajar aquí. Ya no voy más a la escuela. Hoy saqué 12 "perros". No me gusta este trabajo. Yo quiero ser carabinero."



los grupos de chinchorreros que permanecían en la playa regresan sin esperanza, mirando el cielo, buscándole el rumbo al nuevo viento que se encargará de alejar más el carbón hasta que le vuelva a bajar la marea al otro día temprano por la mañana.

Lo que impresiona es la presencia de niños en este trabajo. “Me llamo Luis Alfredo Sepúlveda. Tengo doce años, mi papá es viejo en esto. El trabajaba en el Chambeque y en el Blanco. Yo estaba en la escuela, por eso que hace poco que trabajo aquí. Estaba en cuarto y no

repetí ni un año. Pero ya no voy más a la escuela. Hoy saqué doce perras a medias. No me gusta este trabajo. Yo quiero ser carabinero.”

Silvia Campos, trece años: “No sé leer. No aprendí nunca en el colegio. Estuve cuatro años y no aprendí nunca, y eso que no era floja. No es que tenga nada malo en la cabeza, lo que pása es que soy distraída y por eso la señorita me retaba. Una vez sacamos treinta perras entre cuatro. Y mi mamá me dio 10 escudos y yo me fui a una tienda y los di de pie para irme comprando algún vestidito nuevo. ¿No ve que nunca me he puesto un vestido? . . .”

Por momentos el mar aparece como es: el peor enemigo que tienen los chinchorreros. Cuando empieza a caer la tarde, se van terminando las fuerzas. Las pilas han crecido con el carbón que brilla húmedo. Por eso ahí aparecen algunos perros buscando a sus amos. Alguien dispara una “talla”: “¡Eh, Pan de Mina, por qué no estudiái pa abogado más mejor!” El aludido hunde su “herramienta” en el mar.

● UNA PURA BULLA

“Me llamo Luis Aguayo Villagrán. Desde hace diez años que estoy metido en esta pega. Hasta el 60 fui minero en Schwager. Me pilló el artículo de la Ley del Trabajo por “fallero” y nunca más volví a la mina. Tengo siete hijos. El carbón que se saca del mar lo pagan a huevo.”

El mineral es vendido a la Carbonífera o a las empresas particulares a un precio inferior al que se extrae del yacimiento. Se forma enton-

ces una carrera en la que el chinchorrero es el último eslabón, el que recoge las migajas. Es un buen negocio para el que lo adquiere y lo revende.

Juan Saka, el propietario del Economato de Schwager, es el hombre enlace entre la Compañía Carbonífera y los chinchoreros.

“A mí —asegura Santos Borques—, ese asunto de las estampillas es pura bulla. Aquí habimos compañeros que hace tres años y medio le estamos trabajando al Juan Saka y sólo le ha puesto cinco meses de estampillas en sus libretas. ¿Y quién va a estar recibiendo el familiar si están atrasadas las estampillas?”

Juan Albino Grandón, sesenta y tres años, vaciando el último chinchorro, dice: “Estoy seguro de que si el compañero Allende conociera nuestro problema ya no estaríamos aquí. Nosotros los chinchoreros somos los primos hermanos de los mineros y todavía no podemos levantar cabeza. Queremos salir de este lugar que no es pa humanos. Ahora nos avisan que cambiará nuestra suerte. Estaba bueno ya . . .”

● LOS TURISTAS SE . . .

“Lo que pasa aquí —asegura Heraldo Contreras Estrada— es que no hay organización. Cuando quisimos organizar el sindicato tuvimos varios tropiezos, ¡no ve que casi todos trabajamos en forma independiente y no tenemos patrón! Antes resultaba mejor trabajar en el Chambeque, en el embarque cerca del faro de la Compañía. Nos hicieron un parado



A los chinchorreros siempre los han hecho lesos: desde el intermediario de la Compañía hasta los políticos en busca de votos, que aparecían en la playa por época de elecciones, les golpeaban la espalda y no volvían nunca más en años. En la actualidad, los chinchorreros confían en mejorar su situación, ahora que el Gobierno nacionalizó las minas de carbón. Tienen esperanzas de que mañana sea la mina la que les garantice el sustento de sus familias, y por eso están dispuestos a organizarse, como un primer paso.

inventando que se estaban perdiendo muchas cosas, cuando nosotros lo único que hacíamos era ir y venir del Chambeque. Yo trabajé catorce años en la mina. No me querían recibir, porque no le pego a la letra y me retiré voluntario en el 60, y le he hecho empeño pa volver, pero no me reciben porque le faltó a la letra. Ese es el motivo. No, no sé escribir, leer sí y para entrar a la mina hay que escribir una planilla de hoja blanca y el que no sabe no puede entrar. Y ése es mi caso.”

Cuando el carbón escasea, a los chinchorreros les quedan dos caminos. “Con los últimos ahorritos —dice Luzmila Pardo— compramos la harinita y los niños salen a vender el pan. Con eso ya vamos parando la olla.”

Feliz Leal: “Yo me voy al bosque a buscar un atado de leña y lo vendo, porque si no le doy el cumplimiento a la casa, ¿quién lo va a dar? Los chicos lloran todos los días por el pan y uno tiene que salir a buscarlo. Yo trabajo limpio, me gusta trabajar limpio”.

● UN PEDAZO DE GÜIRO

Cae la noche y los chinchorreros dejan sus pilas con algún distintivo: a veces basta una piedra, un pedazo de güiro o de fierro.

“O sea nosotros sacamos el carbón del agua y tenemos que ponerlo por aquí arriba. No lo cuida naide; es la honradez lo único que sirve. A veces lo retiran y en veces no lo retiran no más. Cada uno tiene su marca y la gente ya está acostumbrada. Hay algunos casos de robo de gente

maldadosa y nadie sabe quién es, pero naiden cuida en la noche, o sea, a la voluntad no más”, dice Oscar Campos, un chinchorrero de cuarenta y cuatro años.

La llegada de los camiones es un acontecimiento y se llevan el carbón a Coronel, donde cargan los carros que parten con destino a la fábrica de cemento o la Compañía.

“No, yo no me quejo del mar, porque después de todo el mar no tiene la culpa —afirma Grecia Ortega San Martín—. Pero el pensamiento mío no es seguir trabajando aquí en la playa. Quiero salirme del agua.”

Julio Herrera hace cargos a la autoridad: “No nos dejan trabajar los domingos, como si trabajar fuera pecado. Dicen que les afeamos la playa y los turistas se pueden correr. Nosotros no molestamos a nadie, porque sólo le andamos buscando el pan”.

No son pescadores, pero el mar les da una esperanza para seguir viviendo.

● CUANDO SE PONE LOBO

María Torres: “Con los 15 escudos diarios que le ganamos hacemos verdaderas mariguancias pa salir adelante. Tengo un pensionista y eso algo me ayuda. A veces no le puedo trabajar porque ya tengo la edad en que le entra el reuma a uno, ¡y qué le vamos a hacer cuando sólo hay trabajo en el agua



Elvira Gómez: “A veces el carbón se pone lobo y no aparece. Y uno lo espera y no aparece. Entonces tenemos que ir a buscarlo pa el lado que salga por allá por El Chute, por ejemplo, por el Chambeque en Lota. A veces no comemos en todo el día, pero cuando sale el carbón, entonces sí comemos”.

Nelson Barahona: “Ahora nos han dicho que vamos a regresar al mineral. Esa es la situación más adecuada pa nosotros, que ya no parecemos humanos, ni ninguna cosa”.

Una muchachita mira absorta el mar. Se llama Silvia Campos. Tiene diecisiete años. Impresiona su rostro maduro. Se sorprende al ver la grabadora. Esboza una sonrisa y coquetea con su chinchorro chorreando mar. “Aprendí a leer y se me olvidó —dice—. Me gustaría saber costura, bordado, pero me lo paso todo el día en esto, porque tengo cinco hermanos chicos. —Esconde las manos. Con voz apagada añade—: No me importa tener callos. No, no estoy pololeando. Nunca he pololeado.”



LOS MAQUINISTAS FERROVIARIOS

Por MARIO THOMAS y RODRIGO ATRIA



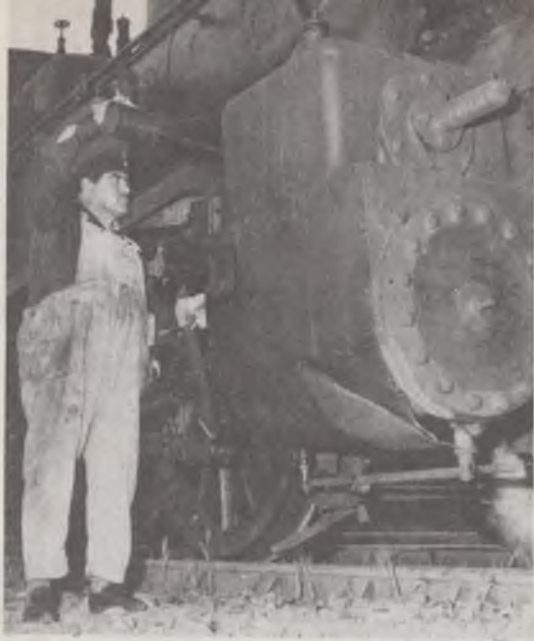
“...Son muy fregadas las máquinas, llenas de ruidos por todos lados, que los frenos, que los durmientes y los rieles, el generador cargando las baterías, las válvulas moviéndose . . ., y uno metido ahí en la máquina con la bulla que lo deja sordo al principio, sordo y con dolor de cabeza, hasta que se acostumbra, a la fuerza, pero se acostumbra a todo, al frío en invierno, porque las estufas están malas y no calientan, al calor en el verano, porque se robaron los ventiladores. ¿No ve que los chilenos somos buenos pa la uña? . . ., y después le salen a uno con que podría apurarte un poquito más pa la otra vez . . ., o cómprate otra que camine más rápido porque te pasaste pa ser tortuga, tontito . . . y cualquier cosa de esas. Así nos despiden los pasajeros a nosotros todas las veces que por a, b ó c motivo nos llegamos a trasar. Yo les diría que alguna vez se subieran a alguna máquina, sí, aquí arriba, pa que vean lo que es bueno . . ., porque hay que ir fijándose que no hayan rieles quebrados, porque si no está hasta el cogote uno, sobre todo de noche que no se ven, como tampoco las luces se ven, porque hay neblina o está lloviendo o es de noche y las luces apenas llegan a los cincuenta metros . . ., y a esa distancia no se puede frenar ya, así que uno le echa p’adelante no más . . ., así que la estación se le pasaría de largo a uno si es que no conociera el camino de memoria, porque el maquinista conduce así no más, de memoria, por lo que conoce la línea y cuántos kilómetros hay de una estación a otra . . .; y uno no lleva veinte, treinta, cincuenta pasajeros . . ., lleva doscientos, trescientos, hasta mil pasajeros. La media ni que responsabilidad que nos echamos arriba y más encima nos dicen que nos apuremos, como si uno no tuviera ganas de llegar

luego también, como si el ruido de la locomotora fuera tan agradable. Ni que las luces en la vía las pusiera uno. Por uno le echara no más p'adelante y que se fueran al diablo los pasajeros que lleva y que las luces se fueran al diablo también, piensa uno cuando va en la máquina, porque eso de que si está verde la de abajo y roja la de arriba, hay que avanzar despacito y si es al revés . . . no, al revés no está nunca, pero si están las dos verdes hay que meterle no más y si las dos rojas, no se puede seguir . . ., y pa qué decir cuando las dos están apagadas, porque ahí si uno no se para le puede salir cualquier cosa en la vía. Entonces que la verde, que la roja, que apagada, que roja, que verde, que . . . verde, verde, roja, roja, roja, verde . . . ¡Roja! . . . ¡Apagadas! . . . ¡Pare! . . . ¡Siga! . . . ¡Al diablo los pasajeros!, y que lleguemos rápido no más.

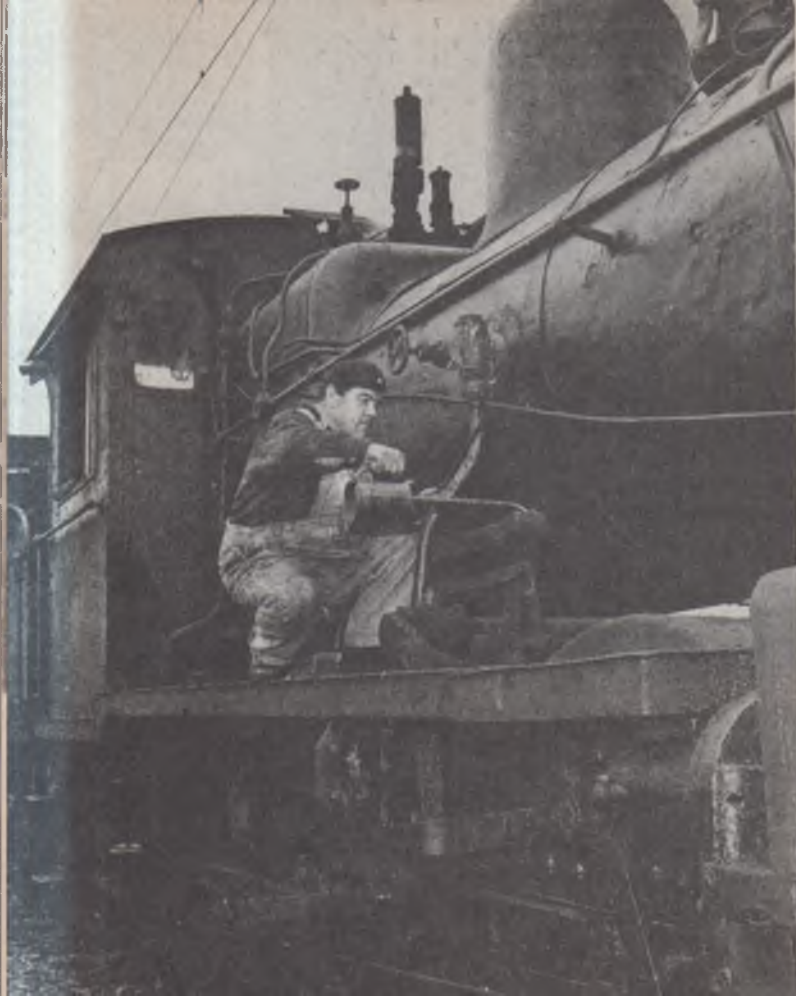
”Y sobre todo cuando el problema es llegar a la hora . . ., se le vienen las luces encima al maquinista, tres amarillas frente a él, una azul al lado del camino y la roja que está ahí también, adelante suyo, y que tal vez en dos segundos más, tal vez en menos tiempo, cambie, se ponga verde y cambie para seguir . . ., pero también puede durar cinco minutos, demorarse cinco minutos, la luz roja esa o quizá cuánto y el maquinista espera . . ., espera . . ., ¡espera!, eso nada más, porque nunca sabe cuándo le van a dar el pase desde la cabina de movilización, así que espera que cambie a verde un rato más, pacientemente, aunque el problema sea el llegar a la hora, porque nosotros tenemos un itinerario que cumplir y si nos atrasamos en el camino de una estación a otra nos suspenden, si llegamos tarde . . ., de manera que de tramo en tramo vamos aumentando o disminuyendo la velocidad según vayamos atrasados o adelanta-



dos . . . , y así algunas veces tenemos que correr a cien, ciento veinte, ciento cuarenta, siendo que el límite de velocidad permitido es de noventa, entonces cuando se ve la señal roja, los frenos no alcanzan y la máquina sigue no más. Así a uno no le cunde mucho . . . , no ve que aquí es igual que cuando uno maneja en la calle . . . , se pasa una luz roja y ahí le pasan el parte. Bueno, aquí es igual. Cada vez que cometemos un error



son dos, tres, hasta cinco días sin sueldo. Y a los jefes aquí les importa poco que el maquinista se haya atrasado porque había neblina o si los pasajeros se disgustaron y la agarraron con el maquinista. Pero no, se me queda tantos días sin sueldo, le dicen, y con sus deudas a la rastra, sabiendo que por esa maldita neblina o porque justo se pegó su pestañada cuando venía la señal, lo pueden mandar de un suácate a la cár-



El maquinista cuida su locomotora como si sus fierros fueran parte de sí mismo: sabe, intuye que a una máquina hay que entregarle todo, porque si no se panea a pitear, a toser; los descuidos mellan su complejo organismo de frenos y válvulas, calderas y baterías.



cel, tiene que continuar arriba de la máquina . . . porque uno, a veces, tiene sus deudas . . ., que las cuotas pa una casita, que las letras pa'l refrigerador, que el cabro chico enfermo, que . . . todas esas cosas. Así que más vale cumplir con las reglas. Si hasta a veces tenemos que venir a trabajar enfermos, porque, en realidad, aquí está prohibido que nos enfermemos . . ., si no nos vamos así p'abajo . . ., por eso no podemos fallar...

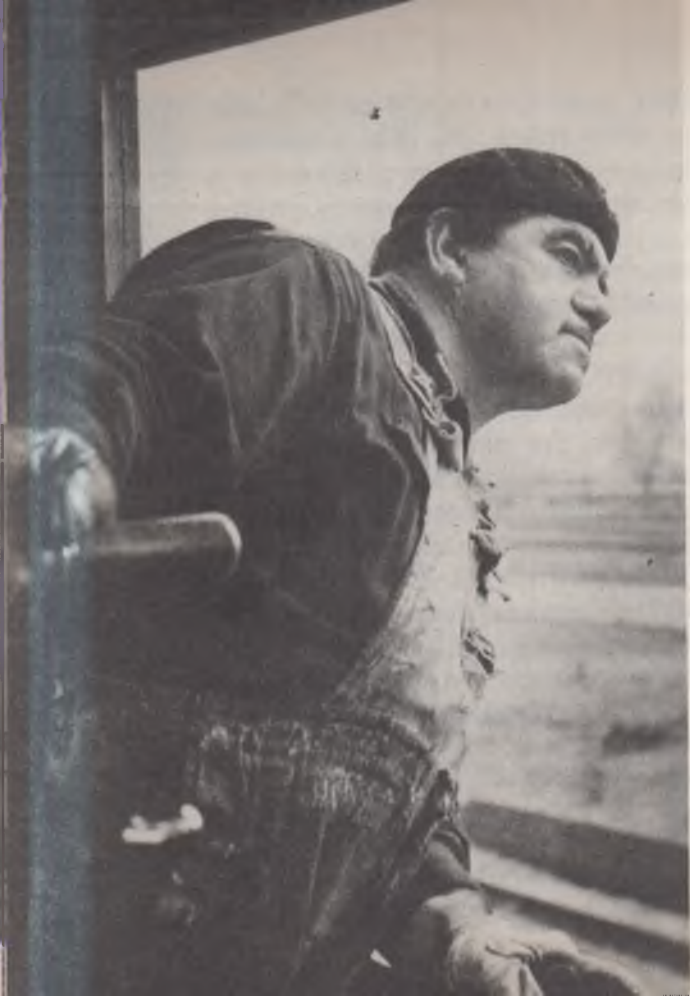


por los compromisos que decía, el televisor . . . y además las cuotas a la cooperativa, a la federación, pa la caja de retiro . . . , todo eso lo está obligando a uno a que tiene . . . , tiene que tener mil y tantos escudos mensuales para pagarlos, así que tiene que hacerle frente a todo eso como sea y venimos a trabajar así, aunque sea enfermos. El otro día no más estuve como dos semanas resfriado . . . , ahora estoy con un resfrío más o menos de nuevo y tengo que salir a las tres de la mañana. Así que con el sueldo base no le alcanza a uno . . . ”

Otro factor que no les conviene son los feriados. El feriado para ellos es perjudicial, “no lo toma nadie aquí y el que lo toma lo hace en tres días ahora, tres días este otro mes, tres días el próximo mes . . . , si se toma los quince días este mes, no tiene con qué pagar y nosotros tenemos un sueldo base más o menos bajo, así que tenemos que aumentarlo y por eso . . . que uno si pudiera vivir arriba de la máquina mejor, porque uno va a ganar viático . . . , hay regalías que se ganan y que estando abajo se pierden . . . , servicio nocturno, kilometraje, a veces se gana sobretiem-
po. Si por eso, imagínese, aquí un maquinista de segunda gana de sueldo base mil setecientos ochenta y seis escudos y con los cabros que tiene uno, más la señora, comida y vestuario . . . , por eso que la plata se le va al tiro, en las primeras semanas. Como ve esta pega es más conveniente, por las circunstancias económicas, de ser soltero que mejor casado, porque resulta que esta pega es . . . , es especial para una persona soltera, porque resulta que la persona casada sale con la preocupación del viaje, de la línea y . . . después, la preocupación de qué es lo que puede estar aconteciendo en la casa. Pero, por otra parte, es bueno ser casado, so-

bre todo los que trabajamos en tracción, porque no ve que un gallo solo es . . . , llega a la hora, no, no . . . , no tiene turno fijo, llega a almorzar o a tomar desayuno . . . , llega a la hora que se le ocurre a la casa, y si es solo, entonces se muere de hambre, no como cuando uno es joven y recién entra a trabajar a la empresa . . . Ahí uno no se preocupa de señora, ni de hijos ni de nada eso, pero después de cinco, seis años, uno se casa, entonces la mujer ya sabe, ya está preparada para lo que su marido es . . . , va a ser la mujer de un ferroviario, de un maquinista, de un ayudante, que va estar sola, dos días sola, tres días sola”.

Así es que un maquinista tiene que tratar de trabajar el máximo de sobretiempo posible para poder compensarse. Por ejemplo, un maquinista de primera recibe unos tres mil quinientos escudos en promedio. Uno de segunda, como ciento veinte mil pesos menos al mes. Y uno de tercera otro tanto menos . . . , “y entonces la mujer alega que su marido no tiene plata . . . y uno se enoja con los cabros chicos que no lo dejan dormir, con la ñora que está embromando que le falta plata, que . . . , ayayay, mejor me voy pa la máquina. Si a veces se pasa mejor arriba en la máquina que en la casa, porque en la máquina uno conversa con el compañero de uno, arreglamos el país, discutimos problemas gremiales, de las peleas . . . , las peleas que tenemos por las movilizaciones . . . , se conversa de todo, de uno mismo a veces, como me pasó a mí una vez cuando falleció mi madre . . . , supe que mi mamá estaba mala, estaba enferma, y yo salí con la preocupación ésa. Llegué a Talca y me dijeron que había fallecido. De allá tuve que regresarme. El jefe me autorizó inmediatamente pa que me volviera como pasajero . . . Entonces, yo salí con esa preocu-



pación, pero mi compañero sabía porque yo se lo había contado... y así, problemas referentes al mismo trabajo... A veces tenemos problemas en la federación, de política también hablamos a veces, de fútbol, qué sé yo... Si la máquina es como el segundo hogar de uno, un nido..., a veces hacemos hasta el almuerzo ahí cuando vamos de viaje. Uno le dice al compañero, compañero, preparemos algo pa'l almuerzo, entonces uno trae lo que quiere pa'l almuerzo y se prepara. Igual pa la hora de once y la comida... Claro que hay veces que también el compañero le sale malo a uno y si andan con disparidades de opiniones hay problemas, entonces, de común acuerdo o bien reclama el maquinista o bien el ayudante y el jefe tiene..., tiene que ver el modo



de que... de que se produzca un buen servicio y no hayan problemas. Aquí cada maquinista tiene su ayudante y como tenemos varios tipos de maquinistas, hay varios tipos de ayudantes también”.

Un maquinista comienza de limpiador como a los dieciocho ó veinte años, luego de haber dado un examen para ingresar. Según el puntaje lo asignan a tracción o maestranza, que son las únicas dos actividades que hay. La edad mínima es de dieciocho años y la máxima de veinticinco. “Entonces, uno entra de limpiador, si es que ha quedado en tracción, y se encarga de limpiar las máquinas, de echarle arena a los depósitos... porque cuando la línea está jabonosa, ya sea porque ha llovido o... cuan-

do está así, hay que echarle arena pa poder avanzar si la línea está muy empinada . . . , o sea, cuando uno va subiendo. Le echa la arena, la limpia y . . . así está, hasta que pasa a aspirante, después de hacer un curso. En seguida, una vez cuando ya es aspirante, da un examen pa subir a ayudante de tercera. Eso sí que era jodido cuando yo entré. Ahora no tanto, con las máquinas nuevas que han traído. Cuando yo entré, se trabajaba con locomotoras a vapor, entonces, lo metían a uno con un compañero más antiguo con el que aprendía a botar ceniza, a botar fuego, a caldear máquinas, así que era bastante pesá la pega. La pega de nosotros era, después que la máquina ha hecho un recorrido, una jornada, tanto tirarle p'adentro se llena el fogón, entonces los aspirantes, la labor de ellos, es botar todo el fuego..., cosa que quede lista pa caldearla de nuevo . . . , por todo el trabajo que tiene la máquina, se aflojan los tubós, hay pérdidas de agua, cualquier cosa, se caen las parrillas . . . , todas esas cosas. Entonces uno tiene que evaporar las máquinas y empezar a hacer la pega de nuevo.

"Y pa qué decirle la pega arriba, cuando se va caminando. Todo el tiempo hay que estar echándole, echarle agua a la caldera y carbón. Según la locomotora como sea también, porque hay máquinas que vienen llegando nuevas, recién salidas de San Bernardo, ya no es tan esforzado el trabajo como una máquina que haya trabajado su gran tiempo ya, porque usted sabe que se van desgastando los fierros . . . , con ser fierros se gastan, entonces, la pérdida de agua ya es un desmejoramiento de la máquina.

"Después uno ya es ayudante de tercera, fogonero en ese tiempo,

"Imagínese, aquí un maquinista de segunda gana de sueldo base 1.786 escudos, y con los cabros que tiene uno, más la señora, comida, vestuario..."



ayudante ahora, de tercera categoría . . . Trabaja en las máquinas de patio haciendo maniobras aquí, poniendo y sacando máquinas en el patio, dejándolas listas con los carros pa cuando se vaya o sacándolas pa llevarlas a la maestranza cuando llegaba de alguna parte. Metiendo este carro aquí, sacándolo p'allá, qué sé yo . . ., todas esas maniobras que se hacen en el patio, en la estación."

Y así hasta que se produce un ascenso en la zona, porque los ferroviarios se encuentran divididos en zonas. Por ejemplo, la primera zona

es de Mapocho, Valparaíso, Viña y todas las estaciones de ese sector. La segunda corresponde a la Estación Alameda hasta Chillán. "Antes era hasta Talca no más, pero con la modernización del servicio, ahora se amplió hasta Chillán . . ., o sea, que se alargó cincuenta kilómetros más allá, es decir, la segunda zona corresponde a cuatrocientos kilómetros desde la Alameda hasta Chillán y todos los ramales que corresponden . . . Desde allí hasta Puerto Montt está la tercera zona . . ., entonces, hay que esperar los ascensos dentro de la zona, ya sea por jubilaciones . . ., por eso no más, porque aquí casi nunca echan a nadie, tiene que ser muy quedado uno pa que lo echen, tiene que fallar varias veces seguidas, por ejemplo, sin justificación . . . Claro que, a veces, algunos se retiran . . . porque se cabrean, se cabrean porque no les sale a cuenta. El otro día, cuando íbamos pa Las Cabras, sshhii, había una cola de maniobras. Había un desvío y ahí un zepelín, esos carros estanques, así que fuimos a engancharlos, pa tirarlos y había un socio durmiendo ahí, con la cabeza en la línea. Sentimos los gritos no más.

Estos atropellos le comienzan a suceder al operario de tracción cuando ya sale del patio, es decir, cuando pasa a ayudante de segunda categoría, que es el que acompaña al maquinista de los trenes de carga. Ahí ellos empiezan a salir a la recta, con trenes de carga, y es cuando tienen la primera impresión, pero después de una, dos, tres veces lo mismo, la cuestión ya empieza a ser rutinaria y se acepta como algo común que puede pasarle a un maquinista en uno de los tantos viajes que hacen. Así, hay trenes que se caracterizan por la facilidad con que se suicida gente bajo sus ruedas. Uno de esos es el Zeta . . ., y después de

treinta y cinco años, en que uno además de trabajar estudia, porque nosotros periódicamente estamos estudiando . . . , nosotros tenemos una escuela de tracción aquí. Ahora . . . , ahora con la modernización del sistema se estudia la locomotora, frenos, que se hace en cursos concentrados, no como antes en que uno se debatía con su problema, durante todo el año y ahí . . . , o sea, que uno llegaba de viaje . . . , entonces tenía que salir a quedarse . . . , quedarse a clases, porque la asistencia era lo primordial, aunque uno estuviera cabeceando ahí Entonces uno jubila, como decía, y se viene a pasar sus ratos libres donde los amigos, a juntarse aquí en la pieza de estar, donde estamos ahora los maquinistas, a ver televisión o jugar un poquito al “tele” o la Carioca . . . , o si no se queda a dormir uno en el hogar que hay aquí, que sirve para . . . , por ejemplo, a mí, que yo vivo lejos, en Maipú, y en la madrugada . . . no hay locomoción. Entonces nos cobran dos mil quinientos pesos nomás por la cama Hay un compañero de nosotros que es maquinista, y él está a cargo del hogar, encargado de la pieza, que es una pieza grande donde están todas las camas, encargado del aseo y de hacer las camas y de la ropa también. Además tiene que despertar a los funcionarios que van a salir y a carretearlos, es decir, transportarlos al patio Alameda. En la noche no hay . . . , está mala la movilización, así que hay una máquina que los viene a buscar y a dejar. Una máquina sola los va a dejar allá. Después se devuelve. Solicitan de allá por teléfono que vayan a buscar un personal, que hay que ir a buscarlo . . .

” . . . Es fregada la pega del maquinista, más jodida que ninguna, pero si a uno no le gustara no estaría aquí.”



GARLOS HOLLANDER EL NAVEGANTE DE LA CALLE LA BOMBILLA

Por ALFONSO ALCALDE



“Yo me considero el hombre más feliz del mundo, porque no tengo ninguna ambición y he pasado por todos los sacrificios que un hombre puede pasar; eran los tiempos en que el trabajo en los buques no era humanizado.”

Está junto a su astillero en la estrecha calle La Bombilla de Coronel Delgado, con el torso desnudo, donde se destacan los tatuajes de su época de marinero cuando dio varias veces la vuelta al mundo. Ahora lo mejor de su vejez es su juventud, su alegría de vivir. Trasciende acción y seguridad como si no quisiera morirse nunca, porque aún piensa seguir embotellando los sueños y los veleros en los cuales navegó por todos los océanos.

—¿Por qué le gusta trabajar bajo el sol?

—Yo aunque me esté asando vivo le trabajo, porque estoy acostumbrado a las zonas tropicales, y los que trabajamos en la cubierta sabemos lo que pica el sol y cuando llega la orden hay que quedarse en cubierta, hay que cumplirla, y entonces uno se acostumbra a eso y a mí tanto el sol como el frío me da lo mismo porque estoy curtido.

Mira las herramientas. Una especie de compás, cuchillos de distintos tamaños, gubias, formones, tijeras, “casi todas las he hecho con mis propias manos, porque ahí afuera no las vende nadie. ¿No ve que son pocos los que hacemos este arte?” La madera que usa es el lingue, “porque es la mejor que puede haber”. Explica: “Todo esto se va haciendo por etapas y se le va poniendo un número para no confundirse. Son las plantillas”.

● EL MUNDO SE INTERESA

—¿Cuántos días se demora en hacer un barco?

—Un barco, si hiciera una sola botella, unos quince días por lo menos. Y eso no compensa. Por eso uno tiene que trabajar en serie, como en una cadena sin fin. La pintura por una parte, cortar los mástiles, las quillas, los botecitos. Pero así y todo se van sus cinco días en terminarle de poner los palos, los detalles, los remolcadorcitos.

—¿No corre el peligro de echarle la cundidora?

—No. Yo lo único que pienso es que cada vez salgan mejor y mejor, porque no admito que sucediera eso, porque entonces yo no valdría nada. Porque yo no estoy haciendo esto por amor al dinero. Yo hago esto por cultivar el arte, porque veo que el mundo se interesa por los buques metidos en la botella.

Cuando fue joven anduvo de un continente a otro y era cierto que tenía en cada puerto un amor y se pegaba sus buenas borracheras. Pero ahora ha cambiado. “Antes era obligación tomar porque en caso contrario hubiésemos sido marinos de salón y no de buque de vela. Pero desde que me quedé en tierra he vivido bastante preocupado de lo que es el alcoholismo. Yo me pregunto: ¿Por qué los bueyes no toman, por qué no toman vino los chanchos, los perros y los gatos? Entonces yo mismo me contestó: ¿Por qué tengo que tomar, cómo se me va al cerebro y me siento mal? Yo creo que sólo un cristiano de cada tres mil no le toma alcohol y por eso me gusta leer la Biblia y con la Biblia en la mano ya es otra cosa y uno ya deja de tomar.”



—¿A quién le vendió su primer velero metido en una botella?

—El primer cliente que tuve fue un marinero de San Antonio a bordo del vapor *Antofagasta*. El hombre me dijo: “¿Por qué no me haces un buquecito?” Entonces yo le contesté: “Bueno, te voy a hacer uno”. Y el hombre me dio 5 pesos encima; ésos serían unos 50 escudos de ahora, porque le estoy hablando de hace unos treinta y cinco años. Porque yo



Ninguna
alegría es más
grande que
cuando uno
trabaja en lo que
le gusta.
Entonces el
tiempo se pasa
volando.
Y más si el
oficio es como
un secreto,
un arte
silencioso.

hacia esos trabajos para no venderlos, sino por el interés de hacerlo, porque me gustaba la marina.

LAS ORDENES SON ORDENES

—¿Quién fue su maestro, quién le enseñó a trabajar?

—En un velero que me tocó navegar, un oficial mataba el tiempo metiendo barquitos en la botella. El oficial no quería que lo miraran mientras estaba haciendo su trabajo, porque decía que era un secreto. Un día me dijo, dándome una orden: “Hollander, sería bueno que aprendiera a hacer esta gracia”.

Pasó años perfeccionando la técnica. “Creo que soy uno de los últimos chilenos que trabaja de navegante, porque ya no sale a cuenta. ¿No ve que ahora todo se hace con el torno y eso le quita la gracia?”

Uno puede observar sus manos nudosas y finas y el despliegue de sus dedos mientras trabaja. Es como si tocara el arpa. “Ninguna alegría es más grande que cuando la gente trabaja en lo que le gusta. Entonces el tiempo se pasa volando.” Mira un reloj de madera que está junto al muestrario de sus barcos.

—Las botellas vacías —agrega con malicia— hay que comprarlas donde se baila mucho. Antes las iba a buscar de noche, pero ahora que me conocen las vienen a ofrecer a la casa. También hay gente que las regala, porque sabe el destino que tienen cuando me las traen.

—¿Cuántas horas trabaja al día?

—Me levanto a las nueve y media. A las diez ya le estamos dando duro. Nosotros no paramos hasta la una o dos de la madrugada. Yo puedo estar trabajando todo el día, aunque no me den comida, y no soy regalón y me sirvo lo que me den.

● SOLO ALGUNOS FINOS

—¿Cuánto cobra por cada botella?

—Ahora me dan unos 200 escudos por un buque de cinco palos, porque el precio cambia según los palos. No es que yo los cobre. Ellos me ponen precio. Aquí en Coronel, que es un pueblo minero, la marina terminó y la gente es muy pobre. Sólo tiene algo de plata la Municipalidad y algunos finos de aquí, que son muy pocos, y son los que menos se interesan por lo que yo hago. Por eso las botellas las compra gente gringa, porque ¿cómo un minero con lo que gana se iba a interesar por llevarse un buquecito para la casa? Tendría que trabajar varios días y quedarse sin comer, él y toda la familia. Y eso es tan grave que yo con la jubilación que tengo, con lo poco que saco, tampoco podría comprar uno . . .

Llegó a Chile y se fue quedando hasta que tramitó su decreto de nacionalización. Lo tiene en un marco con la fecha: 23 de junio de 1930. “Cuando era joven, jamás pensé que llegaría el momento de estar me quieto en un sitio. Pero mi mujer se empeñó en que nos quedáramos en esta zona. La casa la levanté con mi propio esfuerzo, con la plata que queda de los buques, porque con la jubilación sólo pago la luz y el agua.”

—¿Cuánto tiempo dura una botella?

—Algunos de mis trabajos están en Valparaíso hace cuarenta años, y no es porque tenga que decirlo yo mismo, están como nuevos, como recién hechos. Y eso que el material de antes, las pinturas, por ejemplo,



Nació en Baviera hace 66 años, navegó más de 22 mil millas por las siete mares, y cuando era joven no pensaba que un día se iba a establecer en alguna parte. Pero ese día llegó. "Mi mujer se empeñó en que nos quedáramos en la zona. La casa la levanté con mi propio esfuerzo, con la plata que dan los buques, porque con la jubilación sólo pago la luz y el agua." El 23 de junio de 1930 tramitó su decreto de nacionalización que exhibe orgulloso en un marco.

no eran ni parecidos. Eran más malas. Antes nosotros ocupábamos una pintura que venía en barriles y se revolvía con un aceite especial. Pero mi trabajo lo podría garantizar por cien años, siempre y cuando la botella no tenga aire o se ponga al sol.

Le gusta conversar mientras trabaja. Habla de naufragios y de la sed de oro en California cuando veleros de hasta 5.000 toneladas partían cargados de aventureros. Era también la época del apogeo del salitre. "Corría la plata y la gente no estaba quieta en ninguna parte."

● EL COLECCIONISTA PABLO NERUDA

"Cuando me puse a hacer los veleros pienso que la gente creía que yo me había vuelto loco y se pasaban hablando de eso. Pasaron muchos años antes de que alguien se interesara. Una vez llegó Pablo Neruda y me compró una colección completa y escribió un artículo en una revista."

Hollander fabrica a escala veinticinco veleros distintos con su nombre correspondiente. Los más solicitados son *La Esmeralda*, *El Flora* y la fragata *Laura*. Tiene anotadas en un cuaderno todas sus características. El trabajo comienza con la preparación de los mástiles y el casco. Una sobrina se encarga de la escenografía: faros, playas, y la vegetación que circunda a las embarcaciones en los puertos. El verno, atento a las órdenes del maestro, colabora en la distribución general de los materiales. Luego viene la parte más pesada: pulir, limar, retocar. "Nada puede



fallar, porque corro el riesgo de que el velero se desarme en el momento de entrar a puerto, es decir, en la botella.”

Siempre se escuchan de fondo la música —cantantes mexicanos— y los recuerdos. “Claro, eran otros tiempos. Entonces corría la moneda dura.”

Quedan muy pocos de los marineros que fueron sus amigos: “Resulta que en 1920, cuando me embarqué, tenía quince años y toda esa gente que navegaba conmigo en los diferentes buques era más vieja que yo. Algunos encontré más tarde en Hamburgo, en Corral, en el sur y en el norte, y en Australia. Cada vez menos, eso sí. Y después fui preguntando por uno y fui preguntando por otro y me contestaban: Ah, no, ese fulano ya murió por allá, el otro más lejos y así. Los pocos que van quedando se les ve más viejos que yo, ¿no ve que no hacen barcos?”

Una hoja de vida resume su vida aventurera en el mar: Navegó en cinco buques de vela. Barca *Klaus*, en San Antonio; barca *Perla*, en Iquique; barca *Laura*, en Lota; barca *Flora*, en Hamburgo, y también en la barca *María Corral*, desembarcando en Taltal, en Inglaterra, en Iquique, en Comodoro Rivadavia. Navegó 22.000 millas por los mares océanos Pacífico, Indico, Atlántico y sin mencionar diecisiete vapores hasta la jubilación.

● EL AMOR Y EL MAR

Recuerda:

—Hace cinco años que enviudé. Nosotros supimos comprendernos.

Yo como navegante, la mayor parte del tiempo lo pasaba en el mar, y eso es lo malo que existe en el marinero que es casado. Esta es la experiencia que pude sacar después de estar treinta y seis años casado. En total yo viví diez años juntos, el resto estuvimos lejos: yo en los buques y la señora en la casa criando a los hijos. Claro que este problema no se lo imagina la gente que vive todo el tiempo sobre la tierra firme. Habría que ponerse a sacar la cuenta; pero ¿cuánto tiempo son diez años en treinta y seis años? Muy poco. Tuvimos cinco hijos. Más no se puede pedir.

—¿Ella lo iba a esperar a los puertos?

—No; nunca me gustó.

—¿Se escribían?

—Sí, pero no continuado; sólo cuando había que hacerlo se escribía.

Cuando no, no.

Hollander pide a su ayudante que baje el volumen de la radio. Está a punto de iniciar la maniobra para colocar uno de sus veleros dentro de la botella. Exige silencio. Impresiona el pulso del artista. El casco, el velamen y los hilos están *acostados*, formando una unidad compacta. El maestro, después que el buque y los accesorios pasen por el cuello, fondeará el velero y tirando de un hilo comenzará a izar los palos, el velamen. Todo hecho con una precisión sorprendente, dando órdenes rápidas hasta que el barco queda definitivamente fondeado sobre una base de yeso pintado. “No hay misterio para nada”, advierte. Sólo se escucha su respiración. El ayudante permanece atento. El sol rebota en la botella y los destellos se mueven en el rostro del anciano. Se ve más



Don Carlos Hollander fabricó su primer velero por encargo de un marinero de San Antonio, que le pagó cinco pesos. Era su primer cliente, hace 35 años. Ahora su fama es nacional, y entre sus admiradores y clientes más renombrados figura el poeta Pablo Neruda, que lo descubrió y dio a conocer. Por un buque de cinco palos le dan 200 escudos. Fabrica a escala 25 veleros diferentes, cada uno con su nombre. Los más solicitados son La Esmeralda, Flora y la fragata Laura.

joven y parece el director de una pequeña orquesta. El barco ha llegado a puerto, pero aún el velero tiene algo de recién nacido y de inocente. Es como asistir a un pintoresco milagro. Hollander explica: "La maniobra es tan complicada como cuando se llega a un puerto". Se limpia las manos y observa la *María Celeste* al trasluz. La maniobra está terminada. La rodea con pequeños barcos que echan humo de algodón o de yeso.

● AFAN DE SUPERACION

Se siente satisfecho. No oculta su alegría: "Se puede decir que yo soy un hombre medio raro porque tengo un enorme afán de superación, ¿no? Mientras más obstáculos, mejor. Es todo lo contrario de lo que pasa en el mundo moderno, porque ahora a mucha gente le gusta vivir sin trabajar. Yo puedo traer un hombre y le digo: "Aquí tiene 100 escu para que me haga este trabajo en un par de horas", y el hombre no lo hace. Yo considero que la humanidad, el sistema de los nervios del cuerpo ha decaído con tanto vicio y corruptela".

Sigue mirando la botella: "Este es el momento más emotivo para mí. Siempre trato de perfeccionarme, de corregir los errores que cometí en el trabajo anterior. Pero no se termina nunca. Por eso no me gustan los flojos. El hombre debe formarse por su propia persona y a nadie le acepto que me venga a regalar cosas como a un mendigo. A mí no me gusta eso. A veces creo que la gente tiene derecho a venir a pedirme cosas a mí, pero no yo a ellos. Porque el hombre nació en este mundo

para producir y para superarse y para demostrar que es el animal más inteligente que hay, que son los seres humanos, y no que yo viva en la casa de un familiar mío, por ejemplo, sin hacer ninguna cosa”.

—¿Qué dicen los vecinos cuando llegan tantos curiosos, tantos extranjeros, tanta gente a visitarlo?

● LOS MUNDOS DEL MUNDO

—Es una lástima lo que voy a tener que decir, pero esta gente no es como uno. Esta gente nace aquí, vive aquí y muere aquí. Yo no les puedo hablar de la torre de Pisa, por ponerle un ejemplo, o del Museo Louvre de París, donde estuve con mis propios pies, y tanta cosa como en el Africa, en Australia, en fin. Ellos creen que el mundo termina en la puerta de su casa, porque siempre han vivido como encerrados. No tienen ninguna visión del mundo porque son muy pobres.

—¿Alguna vez le han dado un premio?

—Nunca. ¿Para qué?

—¿Qué edad tiene usted ahora?

—Sesenta y seis años. Nací en Baviera, en Alemania, en 1905, el 13 de febrero. Yo tengo mucha familia en Estados Unidos: tengo dos hermanos, una hija, tres sobrinos, nietos hay muchos. Pero por este lado hay mucho más...

—¿La salud?

—Es buena, aunque tengo bastantes accidentes en el cuerpo: quebraduras, torceduras, caídas.

—¿La vista?

—Ya no es como antes.

—¿Piensa seguir ampliando su colección de veleros?

—Sí, me gustaría que creciera más y más, porque ocurre que llega cualquier persona del Sur o de Santiago y me trae un modelo y me pide que se lo haga, y eso es como una verdadera tentación para mí, ¿cómo decirle que no? Aunque para que un velero resulte uno tiene que haber navegado en él. Eso es lo que pasa a la otra gente que quiere hacer este trabajo. Si no han navegado no pueden hacer el velero y por eso fracasan y se desaniman y se dedican a otra cosa. Entonces yo le pido a la gente que trae su modelo que me diga cuántos palos tiene el velero y en qué año fue construido, el tonelaje y hasta los viajes que hizo. Y voy anotando todo eso. Y en fin, yo gustosamente lo hago, porque todo lo que sea embarcación a la vela no tiene ningún problema para mí. Lo único que no me gusta hacer y no lo hago son los vapores. Pero todo lo que es a vela, sí.

—¿Por qué firma sus botellas?

—La gente me lo pide y yo me siento orgulloso porque saben que salió de este astillero, y ése es el contentamiento que siento. Hace veinticinco años le vendí a un caballero una botella y un día lo encontré y le dije: “Yo se la vuelvo a comprar o se la cambio por un velero que esté mejor trabajado”, y él me contestó que por ninguna plata del mundo me lo iba a cambiar, y yo le pregunté el porqué de esa negativa

y él me contestó que era por lo antigua que era la botella. Entonces no hicimos ningún trato y él se quedó muy contento.

● ENEMIGO DE LA BRUTALIDAD

El *Flora* es otro de sus veleros favoritos que le trae recuerdos que gusta refrescar. Muestra una fotografía: "Era en los tiempos en que me paseaba por las orillas del Sena como por mi propia casa o entraba en una taberna en Alemania a tomarme un buen trago de cerveza". Ningún país pudo seducirlo. Sólo este rincón en Coronel, en la calle tan estrecha que apenas tiene un metro de ancho, y donde los niños corren a recibir las visitas que vienen a conversar con el viejo navegante.

Tantos años y mares sobre la espalda le han permitido sacar algunas conclusiones sobre la vida y el trabajo: "Uno es parte como un pueblo y un pueblo es igual que una nación. A mí me gusta que el hombre se levante, a mí me gusta sacar del pantano a la gente. Yo soy especialista para criar niños chicos y me gusta que ellos al crecer sean más que uno. El hombre nació para sacrificarse, para luchar, para trabajar siempre dentro de lo que es humanizado y no de la brutalidad; yo soy enemigo de la brutalidad. Al hombre hay que darle todo lo que merece, pero el hombre tiene que producir, porque sin eso nos morimos..."

Algunas tardes se asoma a la puerta de su casa. Es uno de sus pocos momentos de recreo. "Aunque pocas veces me gusta contar mis andanzas por el mundo, porque ¿quién diablos las va a creer, no?"

